



## Aventuras prodigiosas de Tartarín.

PRIMER EPISODIO

### EN TARASCÓN



El jardín del Baobab.

**M**i primera visita á Tartarín de Tarascón ha quedado impresa en mi memoria como una fecha inolvidable.

Hará de esto como cosa de doce á quince años, y lo recuerdo mejor que lo que hice ayer.

El intrépido Tartarín habitaba en aquella época á la entrada de la ciudad, la tercera casa á mano izquierda en el camino de Avignon. Era una linda *villa* tarasconense, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas, y persianas verdes. Ante la puerta había unos cuantos niños sabo-



Tartarín con una mano sostenía un libro, y con la otra una pipa.

yanos, jugando ó durmiendo al sol, con la cabeza apoyada en una caja que contenía los enseres de limpiar botas.

Desde fuera, esa casa no se diferenciaba en nada de las demás.

Nadie podía figurarse, á juzgar por su aspecto, que era la vivienda de un hombre de gusto, al par que de un héroe; pero cuando se entraba en ella por primera vez, la sorpresa se apoderaba del espíritu y aumentaba sin cesar.

Desde la cueva hasta el granero, todo el edificio, y en particular el jardín, ofrecía al espectador algo especialísimo.

¡Oh! ¡El jardín de Tartarín!

No tenía igual en Europa.

Allí no se veía un solo árbol del país, ni una sola flor francesa; todas eran plantas exóticas, árboles de goma, algodones, bananos, cocoteros, palmeras, mangüeros, un baobab, chumberas, cactus y otros, pudiendo hacerse cualquiera la ilusión, al entrar en aquel recinto, que se estaba en plena Africa y á miles de leguas de Tarascón. No hay para qué decir que dichos árboles no eran de tamaño natural; los cocoteros no alcanzaban más altura que la de una planta de remolacha, y el baobab, árbol grandísimo, *arbor gigantis*, cabía en una maceta de las destinadas á balcón; mas, sin embargo, era cosa digna de ser admirada y constituía un motivo de orgullo para Tarascón, en donde ciertas personas de la ciudad, á quienes se concedía los domingos la honra de visitar la morada de Tartarín, obsequiaban á sus amigos forasteros llevándoles á contemplar el jardín, y se volvían todos á su casa en alto grado complacidos.

Ya podéis suponer la emoción que experimenté cuando me llevaron á pasear por tan singular jardín; mas os confieso que no fué nada en comparación de mi sorpresa cuando me introdujeron en el gabinete del héroe.

Aquella habitación, una de las principales curiosidades de la ciudad, se hallaba situada en el fondo del jardín, y se entraba en ella por una gran puerta vidriera, delante de la cual se ostentaba el famoso baobab.

Figuráos una gran sala cuyas paredes estaban cubiertas de arriba abajo de armas de todas clases y de todos los países del globo: carabinas, rifles, cuchillos de Córcega, trabucos, navajas, cuchillos catalanes, puñales, escopetas, cuchillos revólvers, cuchillos de monte, espadas toledanas, alfanjes, crises de Malasia, flechas indias, flechas de piedra, mazas de los hotentotes, lazos mejicanos y qué sé yo cuántas otras cosas.

Los rayos de un sol espléndido, penetrando por los vidrios, hacía relumbrar el acero de las espadas y de las culatas de las armas de fuego como para amedrentaros todavía más.

La impresión recibida fué grande en verdad; mas no obstante eso, me tranquilicé algún tanto al ver el orden y la limpieza que reinaba en aquel notable y rico arsenal. Todo estaba arreglado, cuidado, limpiezimo y lleno de rótulos como los tarros de una botica, y de trecho en trecho se veía un cartelito que decía: *Flechas envenenadas. No las toquéis. O bien: Armas cargadas. Tened cuidado.*

Sin esos letreros, jamás me hubiese atrevido á entrar.

En medio del gabinete se hallaba un velador, y en éste un frasco de ron, una bolsa turca para el tabaco, el relato de los viajes del capitán Cook, las novelas de Cooper, de Julio Verne, libros referentes á la caza del oso, del halcón, del elefante, del león, del tigre y otros animales.

Delante de aquel velador estaba sentado un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, bajo de estatura, grueso, rechoncho, muy colorado, en mangas de camisa y calzoncillos de franela, con la barba corta, pero muy espesa. Dicho individuo, con una mano sostenía un libro y con la otra una pipa con su tapadera de metal; y como leyerá en aquel momento no sé qué terrible episodio de los muchos que contienen las historias de los cazadores célebres, hacía, adelantando su labio inferior, una mueca que daba á su fisonomía de capitalista tarasconense, el mismo aire de ferocidad bonachona que reinaba en toda la casa.

## II

## Vista general de la célebre ciudad de Tarascón.

## LOS CAZADORES DE GORRAS

AQUEL hombre, que sentado ante el velador estaba absorto en la lectura de los heroicos hechos de algún intrépido cazador, era Tartarín, Tartarín de Tarascón, el valiente, el grande, el incomparable Tartarín de Tarascón.

En la época de que os estoy hablando, Tartarín de Tarascón no era aún el Tartarín de hoy día, el gran Tartarín de Tarascón, tan popular en todo el Mediodía de Francia; y sin embargo, era ya el rey de aquella ciudad.

Digamos de dónde hubo de provenir su soberanía.

En primer lugar, es menester que sepáis que allí todos los hombres son aficionados á la caza; es la pasión dominante de los tarasconenses, pasión que se transmite de padres á hijos desde la época mitológica en que la Tarasca hacía de las suyas en los pantanos, y en que los habitantes de entonces organizaban contra ella incesantes batidas.

Ya hace mucho tiempo de eso, como podéis suponer; pero la necesidad creó la costumbre, y ésta, lo mismo en los pueblos que en los individuos, es muy difícil de extirpar. El hábito constituye una segunda naturaleza, forma parte de nuestro modo de ser y nos domina, siendo necesaria la acción constante de una inteligencia robusta y de una voluntad enérgica para vencerla.

La Tarasca hizo á los tarasconenses cazadores, y no es extraño, á pesar de los siglos transcurridos desde entonces, que los actuales vecinos de aquella ciudad sean amantes de dar culto á Diana; así es que todos los domingos Tarascón en masa toma las armas y sale de la población, cada cual con su morral á la espal-

da, su escopeta al hombro y llevando perros, hurones, trompas y cornetines.

Es un golpe de vista magnífico.

¡Lástima grande que la caza falte allí en absoluto!

Y no puede ser de otro modo.

Por torpes que sean los animales, andando el tiempo han llegado á desconfiar y se han ausentado totalmente. Ellos tienen también sus tradiciones, y las de los que viven en aquella comarca saben que los tarasconenses, con la escopeta en la mano, son irresistibles y es casi imposible escapar á su vigilancia.

Así debe suceder irremisiblemente, porque lo cierto es que, en cinco leguas á la redonda, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados, y no se encuentra ni un mirlo, ni una liebre, ni uno codorniz, ni una zorra, ni un conejillo, nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, aquellas lindas colinas tarasconenses son muy tentadoras, perfumadas como están por el tomillo, el espliego y el romero; por las hermosas uvas moscateles tan azucaradas que se crían en las orillas del Ródano, que son muy apetitosas; pero Tarascón está detrás, dicen los que componen la fauna de aquella región, y entre toda la gente de pelo y de pluma, los tarasconenses tienen muy mala fama.

Las aves de paso lo han señalado con una cruz en sus itinerarios; y cuando los ánades bajan hacia la Camargue y divisan desde lejos los campanarios de dicha ciudad, el que hace de guía se pone á gritar: «¡Allí está Tarascón!...» ¡Tarascón!...» y toda la bandada huye lejos, en distinta dirección.

En suma, tratándose de caza, no queda

en aquella comarca más que una vieja liebre socarrona y pícara que ha escapado milagrosamente al plomo tarasconense y que está encaprichada en vivir allí.

Es muy conocida, y hasta se le ha dado un nombre. La llaman *Rápida*, y se sabe que tiene su cama en el terreno del señor

Bompard, lo que, entre paréntesis, ha doblado y triplicado el valor de aquella propiedad inmueble; pero todavía no la han podido matar, no obstante el tenaz propósito de tres ó cuatro cazadores que la persiguen sin cesar.

Los demás no paran ya mientes en



ella, y *Rápida* ha pasado hace tiempo á ser causa de una superstición local, por más que los tarasconenses sean por naturaleza muy poco supersticiosos, cual lo prueba el hecho de que comen golondrinas en salmorejo cuando las encuentran al alcance de sus tiros y de sus redes.

Pero me diréis, amados lectores: puesto que los animales son tan raros en aquel país, ¿qué cazan sus habitantes los domingos?

¿Qué cazan?

¡Oh, Dios mío! Se van por grupos de cinco ó seis á dos ó tres leguas de la ciudad, se tumban tranquilamente á la sombra de un tinglado, de una vieja pared ó de un olivo, sacan del morral un buen trozo de vaca estofada, cebollas crudas, salchichón, algunas anchoas, y empiezan un almuerzo perdurable, remojado con ese buen vinillo de las orillas del Ródano que hace reír y cantar.

Después, cuando están bien repletos, cuando hasta la penumbra de toda pena se ha ahuyentado, cuando la risa invade todos los semblantes y el buen humor se posesiona de todos los cuerpos, se levantan, silban á los perros, amartillan las escopetas y empieza la cacería. Es decir, cada uno de esos señores coge su gorra, y lanzándola por los aires con toda su fuerza, tira sobre ella al vuelo con municiones del cinco, del seis ó del dos, según hayan convenido.

El que agujerea más veces la gorra es proclamado rey de la cacería, y vuelve por la noche á Tarascón triunfante con su trofeo, ó sea su gorra acribillada, pendiente del cañón de la escopeta y seguido de los perros que ladran anunciando la victoria y de los compañeros que le festejan tocando la trompa y los cornetines.

Me parece excusado decirlo que se hace en la ciudad un gran comercio en gorras de caza.

Hay comerciantes que las venden agujereadas y rasgadas de antemano para el uso de los que no saben tirar; pero no se conoce más que al Sr. Bezuquet, el boticario, que las compre.

Es deshónroso.

Como cazador de gorras, nadie iguala á Tartarín de Tarascón.

Todos los domingos por la mañana partía con una en su cabeza, nuevecita, y volvía por la noche con un harapo. Tartarín no llevaba jamás á su excursión dominguera más que una gorra. Era recién hecha, flamante, y en ello cifraba su orgullo. Por la tarde volvía Tartarín con la cabeza descubierta y su gorra, hecha un guiñapo, colgada del cañón de su escopeta.

En la casita del baobab, los graneros estaban llenos de esos gloriosos trofeos, así es que los tarasconenses le reconocen como su maestro; pues como nuestro héroe sabía á fondo el código del cazador, porque había leído todos los tratados sobre la materia, desde la caza de la gorra hasta la del tigre birmano, le nombraron Gran Justicia cinegético y le hicieron árbitro en cuantas discusiones entre ellos se promovían.

Todos los días, de tres á cuatro de la tarde, se veía en la tienda del armero Costecalde, un hombre grueso, grave, con la pipa entre los dientes, sentado en un sillón de cuero verde en medio del almacén lleno de cazadores de gorras; todos de pie y discutiendo.

Era Tartarín de Tarascón que hacía justicia.

Nemrod al par que Salomón.

### III

#### ¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!

CONTINUACIÓN DE LA VISTA GENERAL DE LA CÉLEBRE CIUDAD DE TARASCÓN

**A** la pasión de la caza, la fuerte raza tarasconense une otra: la de las canciones.

Es increíble el número de las que, impresas ó manuscritas, se consumen anualmente en ese especial país.

Todas las antiguallas sentimentales que amarillean olvidadas en los músicos; tienen cabida y son aceptadas como nuevas en Tarascón.

Allí se encuentra cualquiera com-

posición musical, por vetusta que sea.

Cada familia tiene la suya, y la ciudad entera sabe, por ejemplo, que la canción favorita del boticario Bezuquet es:

¡Oh tú, blanca estrella que adoro!...

La del armero Costecalde:

¿Quieres venir al país de las cabañas?

La del recaudador de contribuciones:

Si yo fuera invisible, nadie me vería...

(Canción cómica.)

Y así en todas las familias de Tarascón.

Dos ó tres veces á la semana se reúnen en una ú otra casa y se canta; pero lo más raro es que siempre son las mismas piezas, y que, no obstante los muchos años que se usan, aquellos buenos tarasconenses no tienen ganas de variarlas.

Es un legado de familia, y, por lo tanto, cosa sagrada. Cada canción es, si puede decirse, de la exclusiva propiedad del que la tiene como signo característico, y jamás se atreverían en casa de Costecalde á cantar la de Bezuquet, ni en el domicilio de éste la de aquél; y, sin embargo, bien podéis comprender que la saben de memoria á las mil maravillas.

Pero no; cada cual guarda la suya, y todo el mundo está contento.

En cuanto á las canciones, como respecto á las gorras, el primero de la ciudad era, sin duda, Tartarín, y la superioridad de éste consistía en no tener ninguna, sino en poseerlas todas. ¡Absolutamente todas!

Y ¡cosa rara! los que tan á sangre y fuego defendían las suyas y perseguían con furia á los que se permitían reproducirlas, experimentaban un júbilo indescriptible cuando escuchaban á Tartarín cantar indistintamente la que mejor se le antojaba. Verdad es que era muy difícil hacérselas cantar.

Nuestro hombre era un héroe, y cansado de sus triunfos de salón, prefería la lectura de los libros de caza ó bien pasar la velada en el círculo, á exhibirse delante de un piano de Nimes, alumbrado por dos velas de Tarascón.

Algunas veces, no obstante, cuando se tocaba ó cantaba en casa del farmacéutico, entraba como por casualidad, y después de hacerse rogar mucho, consentía en cantar con la señora Bezuquet, la madre, el gran dúo de *Roberto el Diablo*.

Quien no haya oído esto, no ha oído nunca nada.

De mí sé decir que aun cuando viviera

cien años, me acordaría siempre del gran Tartarín acercándose al piano con paso majestuoso, apoyándose en él y bajo el reflejo verde de los globos del escaparate del establecimiento, procurar dar á su fisonomía la expresión feroz y satánica de Roberto.

Apenas se hallaba colocado, cuando un estremecimiento general se apoderaba de los concurrentes, como si fuera á suceder algo extraordinario, y después de un momento de silencio la señora Bezuquet, la madre, empezaba, acompañándose:

Roberto, tú á quien amo,  
y que recibiste mi fe, etc.

Y en voz baja añadía: «Ahora os toca á vos, Tartarín,» y éste, con el brazo extendido, el puño cerrado, decía con voz formidable, que retumbaba como un trueno: «¡No! ¡No! ¡No!...» cuyos monosílabos, como buen meridional, los pronunciaba diciendo: «¡Nan! Nan! ¡Nan!...»

Y la señora Bezuquet repetía:

Roberto, tú á quien amo,

«¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...» aullaba cada vez con más fuerza Tartarín.

No era muy largo en su recitado, como veis; pero la mímica era tan propia, tan diabólica, que una conmoción de terror recorría toda la concurrencia y le hacían repetir su: «¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...» cuatro ó cinco veces seguidas.

Y después, Tartarín enjugaba su frente empapada en sudor, sonreía á las señoras, guiñaba el ojo á los hombres y, retirándose triunfante, se iba al Círculo y se decía con aire modesto:

—Vengo de casa de Bezuquet y he cantado allí el dúo de *Roberto el Diablo*.

Y al creerlo todos, sintiendo no haberlo escuchado, él se lo creía también.

Era el soberano de Tarascón, y claro es que en el Casino nadie se hubiera atrevido á socavar su soberanía.

## IV

## !!!Ellos!!!

Los talentos de Tartarín eran tan indiscutibles como diversos; todos lo reconocían así, y á esos talentos debía sin duda alguna nuestro héroe su buena reputación en la ciudad.

Era además una verdad innegable que aquel demonio de hombre se granjeaba la voluntad de todo el mundo.

La guarnición era entusiasta de él, y, por lo tanto, su partidaria decidida. El bravo comandante Bravida, capitán retirado de administración militar, decía de Tartarín: «¡Es un valiente!» y claro está que de tal afirmación no podía dudarse, porque aquel bizarro militar debía ser conocedor en la materia.

La magistratura le apreciaba también, pues dos ó tres veces, en pleno Tribunal, el anciano presidente Ladevere había dicho de él:

—«¡Es un gran carácter!»

Y, en fin, el populacho le idolatraba. Su obesidad, su modo de andar, su aire, un aire de buen caballo de trompeta que no se asusta por el ruido, su fama de héroe, nacida no se sabe cómo, y el reparto de algunos céntimos, acompañados de no pocos cachetes á los pequeños limpia-botas instalados delante de su puerta, habían hecho de él el *lord Seymour* de la localidad, el rey de los mercados tarasconenses.

El domingo por la tarde, cuando Tartarín volvía de caza con su gorra en el cañón de la escopeta y bien abotonado su chaquet, los mozos de cuerda del muelle se inclinaban respetuosamente á su paso, é indicando con una mirada sus enormes brazos, se decían unos á otros con admiración:

—¡Ese sí que tiene fuerzas!... decían unos.

—¡Tiene DOBLES MÚSCULOS! añadian otros.

—¡DOBLES MÚSCULOS! repetían los demás.

Sólo en Tarascón se oyen estas cosas.

Y, sin embargo, á pesar de sus numerosos talentos, de sus *dobles músculos*, del favor popular y de la estimación tan valiosa del comandante Bravida, Tartarín no era feliz; la vida que hacía en aquella ciudad, le ahogaba.

El gran hombre de Tarascón se aburría allí.

La verdad es, que para una naturaleza tan exuberante como la suya, para un alma aventurera é ilusa, que no soñaba sino con batallas, correrías por las Pampas, grandes cacerías, arenas del desierto, huracanes y ciclones, era muy triste dar todos los domingos una batida á la gorra y lo demás del tiempo pasarlo en administrar justicia en casa del armero Costecalde...

Cierto es que todos se sometían á sus deliberaciones, y que nadie trataba de apelar contra sus fallos; pero... ¡pobre grande hombre!

A la larga, era cosa de que muriese por consunción.

La sociedad tarasconense no le bastaba; aquella atmósfera le era insuficiente; la caza de la gorra no le satisfacía, y su esfera de acción allí, era asaz reducida.

En vano que para alimentar su imaginación y para eludir la holganza y la ociosidad del Circulo, se rodeara del baobab y otros vegetales africanos; inútil que amontonara armas; en balde que alimentase su espíritu con lecturas novelescas, procurando, como el inmortal D. Quijote, arrancarse por el vigor de su sueño á las garras de la despiadada realidad... ¡Ay!

Todo cuanto hacía ganoso de calmar su sed de aventuras, no servía más que para aumentarla.

La vista de sus armas le mantenía en un estado continuo de cólera y excitación. Sus rifles, sus flechas y sus lazos le gritaban: «¡Batalla, batalla!» El viento que soplaba entre las ramitas del baobab le daba malos consejos y, para remate, le excitaban con sus inventivas Julio Verne, Fenimore Cooper y otros novelistas de gran renombre.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las largas tardes de verano, estando solo leyendo en su gabinete, se levantó Tartarín rugiendo, tirando el libro y precipitándose sobre la pared para descolgar las armas de su pannonial!

El pobre hombre, olvidando que se hallaba en su casa de Tarascón, rodeada la cabeza con un pañuelo de seda y en calzoncillos, se identificaba de tal modo con su lectura, que, exaltándose con el sonido de su propia voz, vociferaba blandiendo un hacha ó un tomahawk:

—¡Que vengan ellos ahora! decía.

¡Ellos!

¿Quiénes son ellos?

Ni siquiera lo sabía él mismo.

¡Ellos! era todo lo que ataca, todo lo que combate, todo lo que muerde, todo lo que araña, todo lo que aúlla, todo lo que ruge.

¡Ellos! era el indio sioux bailando alrededor del poste en donde está atado el desgraciado blanco.

¡Ellos! era el oso de las montañas que se balancea y se lame con su lengua llena de sangre.

¡Ellos! eran el *tuareg* del Desierto, el pirata malayo, el bandido de los Abruzos... ¡Ellos, en fin, eran ellos!...

Es decir, la guerra, los viajes, las aventuras, la gloria.

Pero ¡ay! por más que el intrépido tarasconense los llamara y los desafiara... ellos no aparecían nunca...

¿Y para qué habían de ir á Tarascón?

Sin embargo, Tartarín los esperaba siempre, y sobre todo hubiera deseado hallárselos cuando por la noche se dirigía al Casino.

## V

## Tartarín camino del Circulo.

El caballero Templario preparándose para la lucha contra los infieles; el *tigré* chino disponiéndose para el combate; el guerrero comanche entrando en el sendero que conduce al sitio de la batalla, no son nada comparados con Tartarín de Tarascón armándose para ir al Circulo, á las nueve de la noche, una hora después de la retreta.

Zafarrancho de combate, como dicen los marinos.

En la mano izquierda, Tartarín llevaba un rompecabezas con púas de hierro; en la derecha, un bastón con estoque; en un bolsillo el revólver, en otro el puñal, y en

el pecho, entre la elástica y la camisa, un cris malayo.

Verdad es que se abstenía de llevar las flechas envenenadas; eso no; Tartarín era de noble condición y las consideraba como armas ajenas á todo hombre bien nacido.

Antes de salir, en el silencio y la soledad de su gabinete, se ejercitaba un momento en el manejo del florete, y después, cogiendo la llave, atravesaba el jardín sin apresurarse y abría bruscamente la perra verja de hierro, de modo que pegara contra la pared... Si ellos hubieran estado detrás... ¡qué tortilla los hiciera!